

La Orquesta Terrestre

Harkaitz Cano

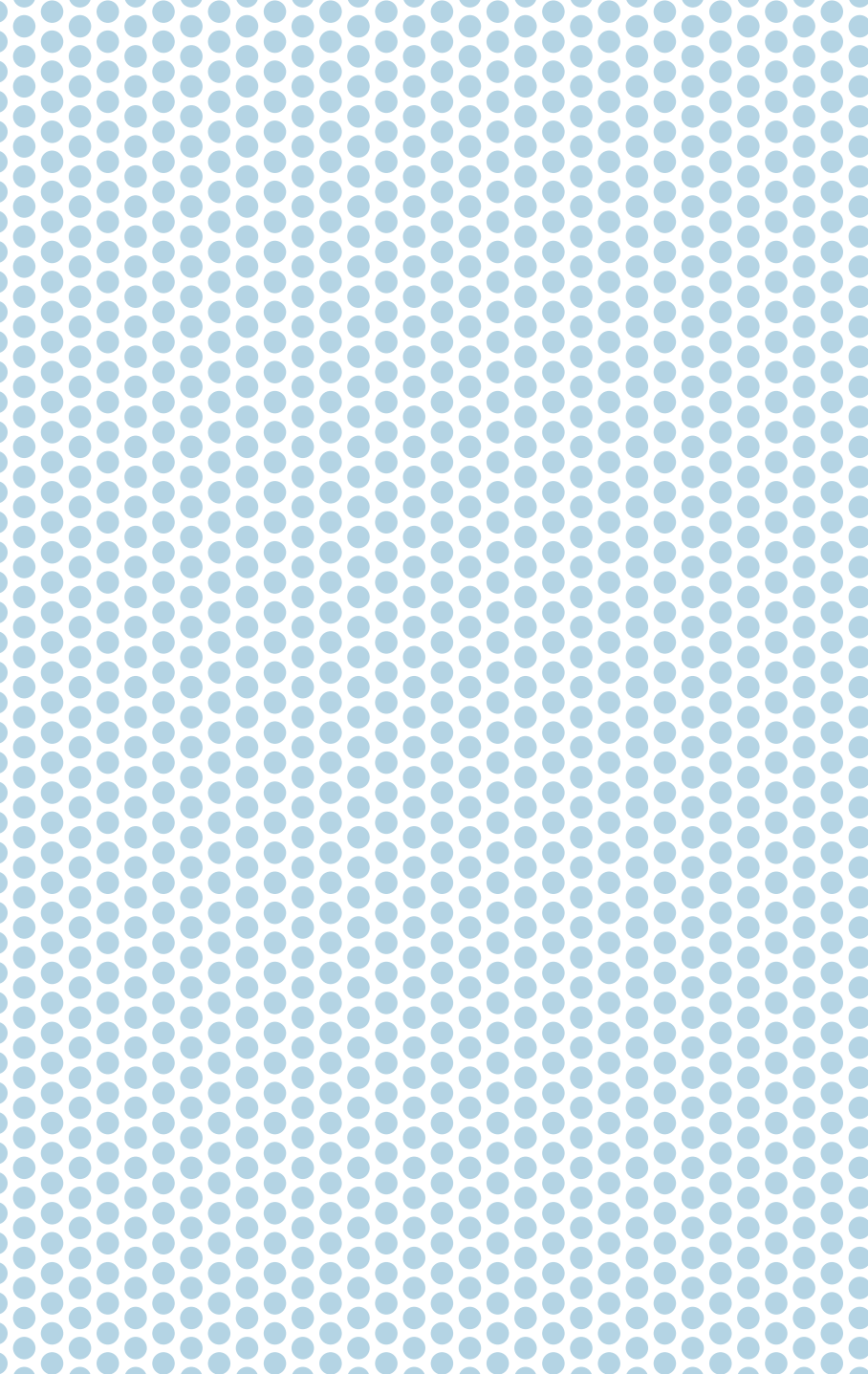
Ilustraciones
de Òscar Julve



EL BARCO
DE VAPOR



sm





EL BARCO
DE VAPOR

La Orquesta Terrestre

Harkaitz Cano

Ilustraciones de Òscar Julve



Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Paloma Muiña
Coordinación gráfica: Marta Mesa

Título original: *Orkestra lurtarra*
Traducción: Harkaitz Cano

© del texto: Harkaitz Cano, 2017
© de las ilustraciones: Òscar Julve, 2017
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9767-7
Depósito legal: M-21521-2017
Impreso en la UE / *Printed in UE*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

● 1

LA PLAZA DE LAMIUSIK

MANU HIZO AQUEL DÍA algo que probablemente no debe hacerse: poner un anuncio en la calle para captar voluntarios y formar una orquesta.

¿Te gusta la música? ¡Únete a nosotros!

Llama al teléfono 645821397 o acude mañana a la plaza de Lamiusik.

Se buscan pianistas, violinistas, chelistas, clarinetistas que hagan bailar a las cobras en sus cestas; flautistas a quienes no se les haya atravesado la flauta travesera y tamborileros pillos que no amen los martillos; músicos que puedan tocar las castañuelas tumbados; gente que sepa acariciar y mecer instrumentos de viento en estuches de terciopelo.

Se buscan arpistas que provoquen celos a sus parejas por el modo en el que hacen vibrar sus arpas («¡Ese instrumento tuyo, es una arpía!»).

Se busca gente que rompa platos en el suelo de la cocina porque tiene, en el fondo, alma de percussionista; contrabajistas que lleven a sus contrabajos en bicicleta a todas partes; intérpretes que sepan hablar al oído a sus saxofones; sopranos que nos pongan la carne de gallina con sus gallitos (*La donna è mobile*, 'Oh, sole mio... ¡pícnic en el río!); músicos valientes sin alergia a los trajes negros, a las camisas blancas y a los pingüinos; gente con coraje que baile en casa con mascotas y perros que atiendan a nombres como Ravel, Bach, Debussy, Mozart o Beethoven («¡Tráeme ese hueso!»).

Se necesita gente que sepa que la música amansa a las fieras y cambia el mundo. Que la música no solamente entra por los oídos, sino también por cada poro de nuestra piel. Que la música es como un sinfín de pequeñas agujas invisibles que nos pinchan el cuerpo.

Ah, ¡y también necesitamos a alguien que dirija la orquesta!

¡Anímate!

Tenéis razón, quizá no fue ese *exactamente* el anuncio que puso Manu, quizá no palabra por palabra, pero seguramente sí algo parecido.

Una multitud se dio cita en la plaza de Lamiusik el día en cuestión. Sucedió, sin embargo, algo extraño: nadie trajo consigo su instrumento. Manu los miraba atónito, sin acabar de creer lo que estaba viendo.



– ¿Se puede saber qué es esto? ¿Dónde habéis dejado vuestros instrumentos? ¿Acaso creéis que la vida es silbar? Decidme: ¿es el silbato vuestro instrumento y lo traéis todos en el bolsillo? ¿Os dedicáis a cantar serenitas serenatas? ¿Por eso habéis venido con las manos vacías? Sois sopranos o tenores, a tenor de lo que veo...

Entonces, ni cortos ni perezosos, todos y cada uno de los congregados en la plaza de Lamiusik, todos sin excepción, se palparon los bolsillos de sus chaquetas, abrieron sus bolsos y sacaron, algunos de la manga, otros del calcetín, del sombrero o del moño, una pequeña vara, una varita muy fina, parecida a esos palitos que se utilizan en los restaurantes chinos para comer –les faltaba el segundo palito, solo tenían uno cada uno–, y la agitaron en el aire (de modo muy delicado, todo hay que decirlo). De todas formas, con un único palillo, lo iban a tener bastante difícil con los *noodles*...

«¡Yo quiero ser director!», gritaron todos al unísono, como si formaran parte de un coro que lo traía todo muy bien ensayado desde casa.

● 2

LA CONSPIRACIÓN DE LA BATUTA

TODOS AQUELLOS MÚSICOS voluntarios congregados en la plaza de Lamiusik querían ser directores de orquesta. Aquellos palillos, aquellas varas, no eran varas ni palillos, no eran cubiertos de restaurantes chinos a la caza de *noodles*, sino batutas. Cada uno de ellos tenía una batuta para imprimir la velocidad, el ritmo y la fuerza de la música orquestal, una humilde vara que servía para conducir el sonido y la melodía hacia un poro u otro de la piel, de la misma forma en que un guardia de tráfico dirige los coches.

–¿Por qué me dais todos la vara? –preguntó Manu.

Seguidamente trató de explicarles que aquello no era normal. Les preguntó si creían acaso que puede formarse una orquesta solamente con directores y con batutas... ¿Qué clase de or-



questa sería esa? ¿Dónde estaban los violinistas y los flautistas? ¿Dónde los encantadores de serpientes –tiribi bi-bí, tiribiri biri-bí– que las hacían bailar en sus cestas de mimbre? ¿Dónde estaban los arpistas y sus amantes? («¡Ese instrumento tuyo, es una arpía!»). Manu necesitaba de todos ellos, y no solamente de directores de orquesta, y así se lo hizo saber a quienes se habían reunido en la plaza de Lamiusik: que aquello, además de no ser normal, era bastante ilógico, y nada, pero que nada, ecológico.

–¿Qué tendrán que ver las ballenas con todo esto? –preguntó uno de los batutas, convencido de que la ecología se limitaba a proteger a las ballenas en peligro de extinción.

–La ecología no son solamente las ballenas –aclaró Manu–. Esas batutas vuestras, ¿de dónde creéis que las han sacado? ¡Son todas de madera! Para que vosotros tengáis esas varas entre las manos, alguien ha tenido que talar primero un árbol en un bosque de Finlandia... ¡Un árbol, dos árboles, tres árboles! A saber cuántos hombres con cuántas hachas han debido de trabajar para que esos troncos hayan llegado en camión a una

fábrica de batutas de Helsinki... Allí han elegido las ramas más nobles, las han podado, redondeado y alisado... ¡Ah! ¡Hay en Finlandia bosques especiales! Debe de haberlos, sin duda: ¡bosques musicales con sus árboles melodiosos totalmente apropiados para fabricar batutas que serán después enviadas a todo el mundo! Así como hay maderas apropiadas para hacer tablones para el suelo, y otras más adecuadas para elaborar cerillas o mástiles de barcos, también hay bosques y árboles apropiados para fabricar batutas...

Muchos de los Hombres y las Mujeres Batuta allí congregados observaban incrédulos sus varitas. ¿Bosques finlandeses? La mayoría de las batutas son de plástico, pero el encendido discurso de Manu les dio que pensar, y no se atrevían a llevarle la contraria.

—¡Volved a casa y aprended a tocar algún instrumento! ¡Ejercitad el oído! ¡Colocaos junto a la ventana y escuchad lo que os susurra el viento!

—¿Qué? —preguntó un incauto.

—¿Qué? ¡La respuesta está en el aire! ¡Escribid en un pentagrama la música sinuosa de la

hierba que crece, el canto de los grillos, el borboteo del agua cuando empieza a hervir! ¡No volváis hasta que hayáis aprendido algo! Decidme: ¿para qué quiero yo tanto director de orquesta? ¡Con uno basta! Quizá ni tan siquiera haga falta un director, quién sabe, quizá podamos arreglárnoslas sin ninguno...

Tras lo cual Manu abrió la puerta de un coche parado en un semáforo. Todo el mundo pensó que se trataba de su coche, que iba a subirse a él y se iba a ir de allí, enojado. Nada de eso pasó: abrió la puerta y la cerró de un portazo, ¡pumba!, pero él se quedó fuera.

—¿Qué estáis mirando? Me gusta dar portazos cuando me enfado, ¡y no he visto ninguna otra puerta aquí a mano!